

como la escalada de Ginebra; sin poder conseguir otra cosa mas que afianzar la religion nueva en todas partes, y sembrar entre los cantones católicos y los cantones luteranos una guerra implacable, que ha visto, con el favor del cielo y la bendicion de los pueblos, terminada, en bien de todos, por medio de la libertad, de la democracia, y de la República, nuestro gloriosísimo siglo.

La reaccion siguió creyendo que todo el Universo podia ser oscurecido por las sombras, que habia condensado en su seno; y atentó á Inglaterra. El cambio de tan grande pueblo no se consumó con la facilidad imaginada por aquellos, dados á despreciar el tiempo, y creídos, en sus ilusiones, de que la historia se desarrolla con tanta facilidad como se lee ó escribe. La mitad por lo menos del pueblo inglés permanecia fidelísimo á la religion católica en tiempos de Isabel tras tantas victorias y conquistas. Este poderoso partido tradicional y antiguo, se inspiraba en las instrucciones venidas del célebre colegio de Duai, dirigido por los jesuitas. Su principal apoyo se hallaba en los Estuardos, quienes, á su vez, se apoyaban sobre los Austrias, fuertes por sus dominios en el Mediodía de Alemania y por su absoluta posesion del trono español. Sus dos principales derrotas consistieron sin duda en la muerte de María Tudor y en el cautiverio de María Estuardo. Al descrédito universal de Reina tan desdichada contribuyó no solo tanto y tanto error público y privado como cometiera, sino la predicacion del Calvino escocés, del célebre Knox, enemigo de María Estuardo, en la cual veia siempre á la Reina idólatra, y de la cual siempre maldecia en la lengua fervorosa y sublime de los antiguos profetas. Al herir á María Estuardo, hirieron los ingleses el núcleo de la reaccion católica contra la revolucion protestante; y al educar en el protestantismo al hijo de ésta, quien luego reinó sobre los dos pueblos unidos, acrecentaron la fuerza y el vigor de la nueva idea. Ciertamente que tal educacion del pueblo escocés trajo luego enormes dificultades, porque á la sombra de una misma bandera, con el nombre de una sola dinastía, bajo el cerco de una corona, en el seno de igual nacionalidad, se unieron los protestantes mas avanzados, los calvinistas mas ortodoxos, los demócratas mas radicales, educados en Ginebra, combatientes á favor de Holanda, fundadores de la República británica, padres de los peregrinos que debian fundar la confederacion democrática en el Nuevo Mundo, los verdaderos apóstoles del Cristianismo

radical, iba diciendo ¡ah! debian unirse con los celtas reacios, con los católicos ortodoxos, con los fanáticos irlandeses, en quienes encontraba siempre la corte de Roma y la reaccion jesuítica, soldados dispuestos al combate, y mártires dispuestos al sacrificio. Así, la guerra entre las dos ideas no ha terminado todavía. Inglaterra é Irlanda no pueden reconciliarse por sus disonancias religiosas. Y aquella célebre conspiracion de la pólvora, que intentó hacer saltar el Parlamento, hace saltar todavía hoy los trenes del ferrocarril metropolitano y las piedras de los palacios ministeriales. Jacobo I confiscó seis condados del Norte, y repartió sus tierras entre colonos protestantes de Inglaterra y Escocia. Pero Irlanda, en su dolor, aprovechó las propensiones católicas de Carlos I y sus combates con el Parlamento para sacudir la dominacion inglesa y degollar millares de colonos luteranos sobre sus tierras disputadas en litigios sangrientos ahora mismo. Pero Cromwell tomó crueles desquites y consumó expulsiones de pueblos y trasplante de razas con la horrible facilidad propia de los tiempos antiguos y de los imperios asiáticos. En fin, la Reforma se consolidó por la victoria sobre nuestra España de Inglaterra, la cual, en estrecha inteligencia con el semi-protestante y semi-católico Enrique IV, impuso á Felipe la triste paz de Vervins. Los britanos recogieron el tridente, despedazado por la rota de nuestra Invencible; y todavía lo guardan, ejerciendo incontrastable dominio sobre todos los mares, cuyo imperio fuera desde las primeras expediciones portuguesas y castellanas hasta fines de la centuria décimasexta exclusivamente nuestro.

Pero la mas decisiva lucha del Protestantismo contra el Catolicismo fué la denominada guerra de los treinta años. Merced al temperamento conciliador de Fernando I habíase firmado la paz de Augsburgo, tregua y nada mas que tregua entre la religion católica y la religion protestante. Aunque ganaba el Protestantismo algunos efectivos adelantos con este convenio, no se ponía en el mismo pié que la religion secular. Véase al nuevo culto adelantando y al viejo retrocediendo; pero en este retroceso y en aquel adelanto, notábase ya cómo las resistencias del Catolicismo se iban venciendo y cómo los impulsos del Protestantismo iban adelantando. Y adelantaran mas ciertamente, si los príncipes y Estados protestantes de Germania no adolecieran de inercia é indolencia, verdaderamente germánicas. Desde los retos lanzados por Lu-

tero hasta la organizacion militar de los jesuitas, el Catolicismo habia resistido con paciencia mas que pugnado con fuerza. Y desde la organizacion del jesuitismo la resistencia se trocó en acometida y en acometida furiosa. Importábale al Protestantismo aleman la union de sus fuerzas frente á la unidad incontrastable del mundo católico. Y no se unieron los protestantes entre sí como debian, trocándose, á consecuencia de tan grave falta, los papeles de la Reforma y de la Iglesia, muy acometedora esta y aquella solo resistente. Los príncipes protestantes de Alemania jamás comprendieron cómo la salvacion de su causa estribaba en sostener á todos sus defensores, cuando estaban metidos en tantos conflictos empeñados por la nueva fe cerca y léjos de sus fronteras. No acorrieron á los mendigos de Holanda y á su jefe brillante y heróico, el príncipe de Orange; no acorrieron á los hugonotes de Francia y á su jefe profético, el sublime almirante Coligny; no acorrieron á los ginebrinos en las luchas con España y Saboya, ni acataron á sus apóstoles y á sus profetas. Al contrario, aborrecieron de muerte al calvinismo, primeramente por sus ideas respecto á la Cena, y despues por sus tendencias republicanas y democráticas. En su horrible ceguera, preferian los jesuitas á los calvinistas. Llamábanlos á estos discípulos predilectos de Satanás. Y al pactar con el Emperador católico ciertas treguas ó convenios, incluyeron con verdadera imprevision á los luteranos en sus cánones, excluyendo por completo á los calvinistas, cuya rota deseaban así en Francia como en Holanda, y así en Escocia como en Suiza. Naturalmente, al verlos tan divididos, lanzáronse los Emperadores ortodoxos, empujados por los jesuitas, sobre sus tierras y sobre sus Iglesias, viéndose de tal suerte apurados, que se hubieran perdido, á no ir en su socorro, por motivos religiosos, los protestantes de Suecia, y por razones políticas, los católicos y hasta los cardenales de Francia.

Pero no adelantemos los sucesos. A principios del siglo décimoséptimo, los Estados protestantes comprendieron que la guerra debia contestarse con la guerra, y el Protestantismo defenderse contra el Catolicismo. La violencia de Baviera, completamente adscrita desde los comienzos de la revolucion á las reacciones; los consejos áulicos de Viena donde predominaba el jesuitismo, tendiendo una red espesísima sobre toda la Confederacion germánica; el descaro con que los elementos reaccionarios negaban fe á la paz convenida

en Augsburgo; las muestras, por do quier vistas, de un plan allá en Roma concebido, y por los agentes de San Ignacio puesto en práctica para exterminar la religion luterana; el proceder con algunas ciudades revolucionarias, entradas á saco y desposeidas de sus antiguas libertades, movieron por fin al Elector Palatino, Federico V, en 1608, á promover una liga, en la cual entraron Bohemia y Hungría, que, al año de entrar, consiguieron de su ciego y reaccionario Emperador unas pragmáticas, en las cuales se les aseguraba el ejercicio libérrimo de su nuevo culto. Frente á frente de la liga luterana levantóse la liga ortodoxa, la cual tuvo por jefe á Maximiliano, duque de Baviera, tan feroz, que aplaudió en edad temprana, cuando el odio parece ajeno al corazon, el asesinato de Enrique III. Y junto á este feroz é implacable soberano hallóse tambien el archiduque Fernando de Estiria, que habia caido como una tormenta de sangre sobre las tierras enemigas; quemando las Biblias sacras, por apacentar la inteligencia luterana; y dicho á la faz del mundo, como preferia verse destrozado en mil pedazos, y rotos sus miembros en una guerra sin término, á tolerar las religiones contrarias al Catolicismo, y á conceder, no ya derechos, pero ni siquiera el vivir á los disidentes, quienes, en su creencia, no podian respirar el aire del planeta, sin prestarle toda la protervia del infierno. Pues bien, á un hombre así, de corazon empedernido y cruel, de instintos verdaderamente sanguinarios; fanático hasta la demencia y supersticioso hasta el delirio; dado á soñar con guerreras venganzas; genio infernal de lucha y exterminio; á un hombre así diéronle sin reserva nada menos que la herencia de Austria, las debilidades y flaquezas del emperador Matías, para que pudiese desarrollar mejor todas sus crueldades y abrasar Alemania en verdadero incendio.

Antes de que Fernando el vengativo subiese al trono de Austria, ya los protestantes de Bohemia y otras regiones habian manifestado sus quejas por los procederes con ellos del Imperio, quien, despues de firmar Constituciones varias, como seguros del derecho público, rehusaba el bautismo á los niños luteranos, el matrimonio á los novios pertenecientes á la nueva religion, el entierro á los muertos. Las familias luteranas, que miraban con grande horror la misa creyéndola un acto de idolatría, viéronse constreñidas, todas ellas sin excepcion, á presentarse con devocion fingida en los templos católicos y

á rendir acatamiento al culto aborrecido en lo interior de sus corazones y de sus conciencias. Así no podía menos de resultar una gran catástrofe. Corría el 23 de mayo del año 1618, cuando los diputados de los protestantes se presentaron en el castillo de Praga, ceñidos por sus armaduras, que les cubrían desde los piés hasta la cabeza, y acompañados por una fortísima escolta, reclamando la observancia de sus antiguos privilegios y el respeto á la íntima libertad de sus espíritus. Negáronles, al verlos así, la entrada los católicos, y decidieron penetrar á viva fuerza. En efecto, las puertas se franquearon á su empuje y los consejeros católicos se hallaron impensadamente con aquellos altivos peticionarios en torno suyo. No los desconcertó, en verdad, ni la inesperada presencia, ni su actitud amenazante. Dos de ellos opusieron graves y moderadas respuestas á sus interrogaciones; pero otros dos, Martinitz y Slawata, prorumpieron á una en dicharachos soeces y amenazaron con temeridad á los que tenían sobre ambos la ventaja incalculable de su fuerza. Invitaron los luteranos á los dos consejeros prudentes á que saliesen del salon, y una vez fuera estos, cogieron á los dos consejeros temerarios y los echaron por la ventana. Como el castillo es muy alto, y su foso contaba ochenta piés de profundidad, no hay para qué decir cómo se aplastaron abajo los dos soberbios consejeros. Este arriesgo de los luteranos fué la señal de una insurreccion, pública ya, en Bohemia, y patente, la cual insurreccion debia tener sin duda la fuerza incontrastable alcanzada en otros dias por la terrible guerra de los furiosos hussitas. Fernando de Estiria, que habia felicitado á su predecesor el César Matías, por la cruel insurreccion, se vió luego á la cabeza del Imperio en 1619; y como era natural, Bohemia no quiso reconocerlo por su Rey, nombrando en su lugar á Federico V, jefe de la liga protestante y yerno de Jacobo I de Inglaterra. Los húngaros á su vez destituyeron al cruel Fernando y nombraron á Gabor, príncipe de Transilvania. Estos actos fueron la señal de aquella terrible guerra, que duró treinta años, y que concluyó por la trascendental paz de Westfalia, tan importante para la Edad moderna como fuera el pacto de Cárlo-Magno importante para la Edad media.

Parece imposible; pero los príncipes protestantes mismos eligieron emperador á Fernando II, á pesar de saber cómo las gastaba, y qué odio tenia en las entrañas de su corazon al Protestantismo. Los emperadores de la casa

de Austria, Fernando I, por la elevacion de su carácter; Maximiliano, hijo de Fernando, por las propensiones en favor del espíritu moderno; Rodolfo, hijo de Maximiliano, por su debilidad misma y por su aficion inocente á la magia y á las antigüedades, á pesar de su fe y educacion católicas y españolas; Matías, elevado por los protestantes al trono de Austria; si bien defendieron todos el Catolicismo y atacaron todos al Protestantismo, en cumplimiento al sacro legado de tradiciones recibidas del genio de Cárlos V y del protectorado y tutela de Felipe II, cumplieron su ministerio de príncipes austriacos y católicos, ministerio difícil, con sábia moderacion y verdadera prudencia. Pero Fernando II, llamado el carnicero por unos y el envenenador por otros, representa como Pedro el Cruel en la revolucion monárquica del siglo décimocuarto, y Marat en la revolucion republicana del siglo décimo octavo, la demencia y desencadenamiento del terror. Llega el Emperador á Viena, y los protestantes de la capital penetran á viva fuerza en su palacio, exigiéndole su firma en Edicto de tolerancia, mantenidos por fuerzas de Bohemia y Hungría, que á la puerta de la capital campan. Todo se hubiera ganado, si Dampierre, jefe de los católicos, no se presentase á libertar al Emperador con gente italiana, española y flamenca, mientras los poloneses, amenazando á Hungría, hicieron retroceder á los húngaros. Tenia Fernando por lugarteniente á Maximiliano de Baviera; y tenia Maximiliano de Baviera por general á un conde jesuita llamado Tilly. Estos feroces guerreros halláronse frente á frente de un príncipe tan débil como Federico V, mal sostenido por su propio carácter; peor secundado por los príncipes luteranos de Alemania, implacables enemigos del Calvinismo en general y especialmente de aquel singular calvinista. Por consecuencia, nada mas fácil que la derrota del débil por los fuertes; y Federico V huyó de su reino sin defender siquiera ciudad tan defendible como Praga.

El vencedor simuló, durante tres meses, un olvido generoso de las ofensas pasadas y de la rebelion horrible, para lograr mejor así con este disimulo, solo permitido á su falsedad púnica, desquites políticos y personales venganzas. Cuando ya los vencidos no recelaban del vencedor, y volvian á sus hogares, Fernando, que los atisbó con el ojo avizor de los rapantes reptiles y las aves de rapiña sobre sus presas, lanzóse á devorarlos. Aquellos jesuitas, instrumento